

Tradiciones y amoríos

AGRADECIMIENTOS

A mis hermanas, hermanos y familiares, por sus valiosos aportes que me permitieron recrear y recordar muchas de éstas páginas. A Claudia Patricia Gallo Castro, quien me ha acompañado y dedicado mucho tiempo y paciencia para continuar con esta obra.

Dedicatoria

Para mis tres hijos, mis cuatro nietas y en especial para Alejito mi último nieto

PRÓLOGO

En reuniones familiares hemos rememorado muchas situaciones de la vida que merecen ser recordadas, dadas las circunstancias especiales en que se han dado, especialmente las costumbres y trabajos del pueblo, el tipo de educación de la época, y en especial, los noviazgos clandestinos y matrimonios de la familia.

También quiero traer a la memoria, de manera entusiasta y lúdica, aquello que un día hizo hito en la cotidianidad de nuestras vidas, de nuestra niñez y juventud. Estos relatos o crónicas acerca de los entornos familiares, de un tiempo de la vida, de un tipo de sucesos, que en su momento fueron decisivos en la vida de unas personas, que influenciados por la idiosincrasia y costumbres, protagonizaron historias personales en el devenir de una época, en las familias campesinas y urbanas, teniendo como telón de fondo el campo Boyacense. Aquellas cosas de la vida rural de los míos y de mi entorno: la casa de campo, la escuela, los hermanos y hermanas, los vecinos, los noviazgos, los matrimonios, los primeros años, los caminos

recorridos, los domingos en el pueblo, la navidad y sus tradiciones sin energía eléctrica, la semana santa y su trascender irrepitable, los potros y caballos ligados a nuestra existencia, los paseos a las quebradas con viandas y gallina del campo, las romerías a Pueblo Viejo, Morca y Monguí, las caminatas por los páramos de la cordillera oriental. Las anécdotas de unas vidas, vidas que tienen como las demás despertares, atardeceres, sinsabores, alegrías, tristezas, amores, desamores y desengaños. Una historia que se olvidó escribir y que reposaba en la memoria de muchas personas, clamando ser escrita y recordada.

Rememorar y contar historias familiares deja en nuestras vidas sabores agridulces, pero también satisfacciones. Es penoso y difícil narrar hechos que a veces no quisiéramos recordar, que preferimos que se queden en el pozo insondable del pasado, pero que escribiéndolos nos ayudan a recrear la vida, a reencontrarnos con nosotros mismos, a trabajar por ser mejores personas, a entender una cultura y unas

formas de vida que nos han marcado para siempre. A volver a sentir, por el recuerdo, los olores y sabores de las flores y frutos que nos prodigaba la naturaleza y la franqueza en el vivir, en el actuar, reír y saludar de los campesinos.

Los rituales conocidos, impuestos por la tradición, en las pedidas de mano para la unión de dos personas, a veces sin haber de por medio un noviazgo, muchas de las veces por el mandato inexorable de los mayores sin apelación alguna posible, escogidos o escogidas por sus progenitores por conveniencia, son siempre un símbolo que patentiza la idiosincrasia de un pueblo y de una época.

El trabajo y el vivir en el campo, formado con las costumbres de sus gentes, nos hace únicos, mas no mejores, pero si diferentes. Crecimos marcados por una cultura y una manera de vivir y sentir en la etapa de los años iniciales de la vida, que dejaron en todos un sello indeleble. Los relatos de éstos hechos familiares y

sociales están comprendidos y enmarcados entre los años 1950 y 1986, y ligados e influenciados y conmovidos por casi medio siglo con los acontecimientos históricos de la región y del país.

SAN EDUARDO, MI PUEBLO MAGICO

Mi querido pueblo natal, San Eduardo, está situado en el oriente del departamento de Boyacá, empotrado en un lugar idílico de la cordillera oriental. Tiene como marco un paisaje de ensueño, con inhóspitas montañas vírgenes, caudalosos y legendarios ríos, quebradas, lagunas insondables y de cristalinas aguas.

Aquí los atardeceres y amaneceres se dibujan en la peña del Aura, bendecidos por los rayos solares, formando hilos dorados con cascadas de oro y plata que se traslucen en las rocas lisas que forman la cordillera y que con el sol forman espejismos extraños como en los cuentos fantásticos. Mejor no lo hubiera descrito la composición de uno de sus

hijos, Jesús Moreno Martínez en la canción llanera “Mis raíces”
<que se puede escuchar y ver en <https://youtu.be/XjuQS-7yawk>

En mi bella vereda Cardozo, donde mis padres empezaron con la primera finca de su propiedad, pues al principio eran arrendatarios y jornaleros, tenían cultivos de caña de azúcar, yuca, café, plátano, arracacha, fríjol y muchos otros alimentos de pan coger, lo mismo que potreros con exuberantes y verdes pastales donde las vacas de ordeño, los bravos toros, los mansos bueyes, los becerros y demás animales entonaban todas las mañanas, tardes y noches, un concierto de bramidos, sonidos y susurros que nos regocijaban todos los días el alma.

La historia de muchas familias y de la mía, campesinos todos, empezó en éste pueblito y en muchos pueblos de Boyacá y de Colombia, donde la abnegada y católica gente, así como trabajadora y sufrida, poseían una devoción especial a la virgen y al señor de los milagros, donde las fiestas a los santos eran los

rituales más importantes en sus vidas. La iglesia se erigía en los pueblos como la edificación más grande, majestuosa e importante, y su presencia era prueba fehaciente de la devoción y afiliación religiosa de sus gentes. Domingo a domingo los habitantes, como un ritual impuesto por la costumbre, acudían solícitos, unos a recibir los sacramentos católicos y otros a codearse con quienes se creían mejores personas que los demás, para exhibir su superioridad y rango social.

La mujer trabajadora y campesina, pasaba las duras y las maduras con los continuos embarazos, que no eran atendidos en hospitales o centros de salud. No existían lugares de atención hospitalaria o médica, o si existían, eran muy distantes y para llegar a ellos era por difíciles caminos reales que hacían tortuoso su recorrido, e imposibilitaban su llegada para ser atendidas a tiempo. Con la carga de todos los oficios de una finca, la crianza y el cuidado de los niños pequeños, cuando los dolores del parto apuraban, cuando iba a nacer la criaturita y se hacía urgente la atención

del alumbramiento, llamaban con un razonero a la partera, y allí, en la misma casa, tenían a sus hijos. El abrigo de una hamaca hacía las veces de nana para el recién nacido, y sin ningún cuidado postparto seguían con las tediosas labores diarias: hacer de comer, ordeñar vacas, cuidar las gallinas, los marranos, y las faenas agrícolas, que no daban tregua.

Las familias, en general, eran muy numerosas. Las arduas labores del campo reclamaban muchas manos laboriosas para el trajinar diario que exigían las fincas. La honradez era la más grande de las virtudes de la gran mayoría. Ir a la escuela nunca fue una gran prioridad. Los estudios formales eran sustituidos por una gran religiosidad. Sus gentes eran trabajadores con pundonor, tesón y constancia. Forjaron sus hogares y pequeñas fortunas real por real, centavo por centavo, peso por peso, ahorrando para obtener sus haberes y prodigarse una mejor vida.

Como fueron fanáticos católicos, para el

curita se reservaban los mejores productos de la finca: el mejor ejemplar vacuno, los huevos más grandes y frescos, las gallinas más gordas y las suculentas frutas que prodigaba la fértil tierra. Pensando, quizás, que colaborando con la iglesia los pecados serían más fácilmente perdonados y todos llegaríamos con más seguridad al reino de los cielos. Estas ofrendas fueron muy especiales con un sacerdote al que le habían prometido regalarle quince de los mejores toretes criados con los mejores cuidados, si hacía llegar el primer carro al pueblo, ya que se carecía de carretera.

Los quince liberales y conservadores pudientes que tenía el pueblo, sobrevivientes de la revolución, convinieron equitativamente su contribución, y

cuando el curita, con muchas dificultades, trazó y construyó con el trabajo voluntario de los parroquianos, aproximadamente unos nueve kilómetros, que se hacían a pie o a lomo de mula por unos lodazales y lomas del río Lengupá al pueblo, la ofrenda fue cumplida. Éste cura se amarraba la

sotana a la cintura y trabajaba con un frenesí de locura, trazando por donde iba a hacerse la vía. Con ínfulas de ingeniero y topógrafo echaba pica y pala, e incitaba a la gente a trabajar so pena de condenarse en el fuego eterno si no participaban para hacer la anhelada carretera. Hasta los niños de las escuelas urbanas y rurales nos llevaban a trabajar con pica y pala para ayudar en el trazado de la carretera una vez por semana. Finalmente, después de muchas gestiones, el cura logró comprar un bulldócer a crédito, y la cuota inicial de su pago la reunió con aportes de los habitantes del pueblo. El cura le pidió permiso al Obispo para quitarse la sotana mientras trabajaba, pero no le concedió la licencia solicitada. Sin embargo, cuando se inauguró la carretera, un miércoles de ceniza, fue el primero en aparecer. Una muchedumbre llegó a recibir al obispo. La iglesia se hallaba completamente llena. Como parte de la celebración por la culminación de la carretera y la llegada del obispo, se había preparado un suculento banquete con ternera a la llanera en la plaza de mercado, donde el